

CINCO RAZONES PARA VENIR A CRISTO

Marlon Retana

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

Travis Cottrell es un músico, compositor de canciones, y director de cantos bautista. Muchos himnos que entonamos en nuestra adoración provienen de denominaciones, pero al cantarlos, debemos hacerlo con el espíritu y el entendimiento (1 Corintios 14:15). Uno de sus trabajos más conocidos entre la hermandad es el arreglo que hizo del himno *“Just as I am”* (Tal como soy), en el cual, por medio del coro, muestra la belleza de lo que representa venir a Cristo. Un himno que llegamos [los Retana] a conocer gracias a la dirección de nuestro amado hermano Stephen Sutton durante las pasadas conferencias en Memphis School of Preaching (MSOP). Precisamente el coro de este himno es el que sirve como bosquejo para los puntos y conclusión de nuestra lección en el día de hoy. Empecemos.

VENGO ROTO PARA SER REMENDADO.

Algunos tienen por costumbre dejar un electrodoméstico o incluso el automóvil dañado, y mientras no busquen por un técnico o mecánico, el mismo no podrá ser utilizado. Otros quizás tengan una prenda de vestir favorita y que no desean perder. El que realmente desea sacar el mayor provecho de ese objeto, buscara quien lo pueda remendar. ¿Qué pasa cuando lo que necesita ser remendado es cada uno de nosotros?

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mateo 7:7-11).

Nuestro Señor Jesucristo en simples palabras nos da a entender el gran amor que Dios tiene para todos nosotros, como el Padre Amoroso que es. Dios desea lo mejor para cada uno de nosotros, pero si no le buscamos, no podremos comprender tan simple verdad. Cristo nos dice que debemos pedir, buscar y llamar, no quedarnos allí varados, esperando que algo suceda de la nada. Algo que constantemente le recordamos al mundo acerca de la *“evolución”* es que *“nada surge de la nada”*. Así como todo tiene una causa y efecto, Jesús nos habla acerca de cómo un padre terrenal provee para sus hijos, más aún nuestro Padre Celestial proveerá buenas cosas si le pedimos, buscamos y llamamos de una manera sincera, humilde, fiel y obediente. Dios tiene un simple plan para cada uno de nosotros, que volvamos a Él, que seamos, efectivamente, aquellos que Él creó en su imagen y semejanza (Génesis 1:26-27). La pregunta a responder es, ¿estamos dispuestos a aceptar que estamos rotos, que necesitamos ser remendados, y que el único que puede hacerlo es Dios a través de la sangre de Su hijo amado? Ciertamente, amado lector, espero que tu respuesta, como la mía es, sea ¡Sí!

VENGO HERIDO PARA SER SANADO.

Una frase popular dice, “*el enfermo busca al doctor, no el doctor al enfermo*”. Si cuando cocinamos, nos hacemos un corte grave, ¿nos quedamos viendo a ver que ocurre, o buscamos ayuda de inmediato? ¿Nos curamos por arte de magia? Hay dolores de cabeza que no desaparecen con tan solo dejar de pensar en ellos, algunos requieren de medicamentos muy fuertes para ayudar a recuperarnos. Una persona con cáncer, en busca de sanación, se somete a tratamientos no solamente caros, pero por sobre todo invasivos y dolorosos. Dudo que aquellos que lamentablemente se la pasan en una cama de hospital deseen estar allí por más tiempo, en lugar de volver a sus vidas normales, siendo sanados.

El salmista escribió, “*Jehová Dios mío, a ti clamé, y me sanaste*” (Salmo 30:2). Cuando Satanás “*hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza*” (Job 2:7), el fiel Job, aun luego de las palabras desalentadoras por parte de su mujer dijo, “*¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?*” (Job 2:10). Nuestro Salvador, en medio de todo el dolor que sufrió en la cruz, y las burlas y humillaciones por parte de los presentes, dejó salir de su boca las hermosas palabras provenientes de su corazón, “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*” (Lucas 23:34). El apóstol Pedro escribió, en referencia a nuestro Salvador,

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados [énfasis mío, MR]” (1 Pedro 2:24).

Mis amados hermanos y queridos amigos que nos visitan o leen este sermón, la herida a la que se refiere el apóstol Pedro es en referencia al sacrificio de Jesús por cada uno de nosotros, y como ese sacrificio sana nuestras heridas espirituales. No hay dolor, enfermedad, o sufrimiento que nuestro Padre Celestial no pueda consolar. Algunas enfermedades nos acompañaran hasta el día de nuestra muerte, sin embargo, a través de nuestra obediencia y fidelidad a la voluntad de Dios sabemos que cuando llegue el día obtendremos la corona de la vida que ha sido prometida. “*El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte*” (Apocalipsis 2:10-11). Jesús murió en esa cruel cruz por ti y por mí. Recordemos sus palabras en respuesta a la crítica por parte de los escribas y fariseos, “*Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores*” (Marcos 2:17).

La única forma para sanar nuestras heridas espirituales es en Cristo Jesús, debemos estar en Él, ser parte de su cuerpo, tal como el apóstol Pablo nos lo hace ver según el libro de Romanos,

“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:3-4).

Que hermoso es saber que podemos andar en vida nueva, como la nueva criatura que somos al ser bautizados para la remisión de nuestros pecados, y entrar en la familia de Dios.

VENGO DESESPERADO PARA SER RESCATADO.

Una ilustración que ha sido utilizada por muchos es la del hombre en el techo de su casa que, durante una gran inundación en un pequeño pueblo, “*confiaba*” plenamente en Dios. Personas dispuestas a rescatarle llegaron en una balsa, un bote, e incluso un helicóptero, pero él los rechazó porque, en sus propias palabras, “*Dios me salvara*”. Al ahogarse, “*llego al cielo*”, y molesto, le dijo a Dios, “*¿Por qué no me salvaste si yo confiaba en ti?*”, a lo que Dios le respondió, “*¿que paso con la balsa, la lancha y el helicóptero que te envíe?*”

En la película de Disney Pixar, “*Los Increíbles*”, hay una escena en donde el personaje principal, Mr. Increíble, salva a un hombre que intentó suicidarse. El hombre lo demanda diciendo, “*No salvaste mi vida, arruinaste mi muerte*”. Es triste saber que hay muchas personas en este mundo, que continúan viviendo sus vidas de maneras totalmente opuestas a la voluntad de Dios, siendo ellos quienes, en lugar de salvar sus vidas, las arruinan prefiriendo la muerte que la vida eterna que nuestro Padre Celestial nos promete. Él no quiere que nadie muera, sino que todos se arrepientan y puedan volver a Él (2 Pedro 3:9).

En un mundo en que muchos andan por la vida desesperados, ya sea por problemas físicos, económicos, laborales, familiares, etc., se olvidan que la respuesta a sus problemas se encuentra en ese pequeño libro que conocemos como La Biblia.

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

Mas que una sola palabra, la frase griega que fue traducida al español como “*humana*” en el pasaje anterior lleva por significado “*común a los hombres*”. Algunas traducciones así lo muestran. No hay tentación por la que pasemos que alguien más no haya tenido antes, y que no haya superado. “*No puedo dejar mi adicción al alcohol, o a otras drogas, o a la pornografía, o a la lotería, o a las apuestas, etc.*” Otros lo han hecho, si ellos pudieron, tú también puedes. Dios nos da la fortaleza para superarlas, mas tienes que confiar en Él y obedecer Su voluntad. Dios no puede ser tentado, ni tiente a nadie tampoco (Santiago 1:13). Jesús fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero no pecó (Hebreos 4:15).

Ante tales tentaciones, Dios provee la salida, ese rescate que tanto necesitamos. El salmista escribió, “*Los que teméis a Jehová, confiad en Jehová; Él es vuestra ayuda y vuestro escudo*” (Salmo 115:11), y también, “*Mejor es confiar en Jehová que confiar en el hombre*” (Salmo 118:8). Agur, nombre elegante de Salomón, escribió, “*Toda palabra de Dios es limpia; Él es escudo a los que en él esperan*” (Proverbios 30:5). El profeta Isaías escribió, “*Confiad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos*” (Isaías 26:4). Nahum también aporta, “*Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían*” (Nahum 1:7).

El escritor a los Hebreos nos insta a decir, confiadamente, “*El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre*” (Hebreos 13:6), y dos líneas

debajo de esta nos provee una hermosa afirmación, “*Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos*” (Hebreos 13:8).

Jesucristo murió no solo por los pecados de quienes estamos en este lugar hoy, “*sino también por los de todo el mundo*” (1 Juan 2:2). Él no solo pago nuestro rescate con su preciosa sangre (1 Pedro 1:18-19), Él es nuestro rescate. Solamente en Él podemos limpiar nuestros pecados, una limpieza que solo puede llevarse a cabo de una manera, tal como Ananías ordeno hacer a Saulo, a quien conocemos hoy en día como Pablo (Hechos 13:9), cuando le dijo,

“Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre [énfasis mío, MR]” (Hechos 22:16).

Amado hermano y amigo visitante, no dejes que este mundo te desespere, en su lugar, disfruta del maravilloso rescate que Cristo te ofrece.

VENGO VACÍO PARA SER LLENADO.

¿Está el vaso medio lleno o medio vacío? Dicen por ahí que depende de cómo lo miremos. Sin embargo, hay casos en los que podemos ver la realidad de cuando algo está vacío, por ejemplo, cuando el indicador de gasolina en nuestro automóvil está en la línea más baja, y la próxima estación está aún lejos. O, cuando el hambre es grande y un restaurante de comida rápida y económica está cerca, pero no tenemos dinero en ese momento para ir allí. Situaciones que quizás nos entristezcan, pero más triste ha de ser vivir espiritualmente vacíos.

Cuando llegas a la estación de gasolina y llenas el tanque, o cuando llegas a ese restaurante y terminas ese platillo, ciertamente la satisfacción es grande porque estás lleno, ya lo dice el conocido refrán, “*panza llena, corazón contento*”. ¡Cuán hermoso es el saber que podemos llenarnos espiritualmente al formar parte del cuerpo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo!

Moisés les recordó a los hijos de Israel acerca de esa ocasión en que, a pesar de sus murmuraciones, Dios les sustento con maná (Deuteronomio 8:3), un evento que el salmista cito en sus canciones (Salmo 78:23-25; 105:40) y que nuestro Salvador le recordó a Satanás cuando este lo tentó, “*No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*” (Mateo 4:4).

En la conversación que nuestro Salvador tuvo con la mujer samaritana, Él le dijo,

“... Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:13-14).

Es en esta misma conversación que el Señor también dijo, “*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*” (Juan 4:24).

¿Cuándo asistimos al servicio dominical, realmente estamos adorando a nuestro Dios en espíritu y en verdad? Somos puntuales, participamos en la clase y los cánticos, no hablamos de otros temas con quien se sienta a nuestro lado mientras se participa de la cena del Señor, la ofrenda, y durante la clase o mensaje. Nos mantenemos despiertos para así poder prestar atención a la enseñanza y sermón. Asistimos con nuestras mentes sedientas

de saber más de la palabra de Dios, de modo tal cuando salgamos podamos decir, satisfechos, que una buena parte de ellas ha sido llenada de la hermosa y poderosa Palabra de Vida.

Es el mismo Jesús, que según el revelador Juan dijo, “*Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida*” (Apocalipsis 21:6). Mi querido lector, solamente en Cristo podemos tener acceso a su fuente del agua de la vida. Él la ofrece gratuitamente. Solamente en Él podremos llenarnos de tan grata bendición. Y solamente a través de las aguas del bautismo es que podemos entrar en Él, ya que, como Él mismo le dijo a Nicodemo, “*De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*” (Juan 3:5). El reino es la iglesia, de la cual Él es la cabeza (Mateo 16:18-19; Hechos 2; Efesios 1:22-23). Todo esto nos lleva a nuestro último punto.

VENGO CULPABLE PARA SER PERDONADO.

Según Mateo 26:66, cuando Caifás preguntó a los escribas y ancianos acerca de que les parecía la “*blasfemia*” que había dicho Jesús, todos dijeron, “*¡Es reo de muerte!*”. Interesantemente, la palabra griega ἔνοχος (énojos) que nada tiene que ver con su casi homógrafa palabra en el español, puede también ser traducida como “*culpable*”. Cristo fue culpable de decir lo que para ellos era una blasfemia, pero que para nosotros hoy en día es la clara afirmación y confesión que hacemos acerca de Él. Él no sólo fue el Hijo de Dios, Él lo es y lo seguirá siendo por siempre.

Es nuestro Salvador quien, durante el Sermón de la Montaña, uso la misma palabra cuando dijo,

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:21-22).

¿Alguien sabe a cuántos presos, culpables de asesinato, se les ha predicado el Evangelio y lo han obedecido? Personalmente no se la cantidad, pero si se acerca de un caso, de un asesino en serie famoso, y del cual no tengo tiempo para explicar, pero del que se puede encontrar información en línea acerca de su conversión, Jeffrey “*El Caníbal De Milwaukee*” Dahmer. Dahmer, mientras estuvo preso, escuchó, leyó y estudió la Palabra de Dios, creyó en Él, se arrepintió de todo mal que había cometido, confesó a Jesucristo como el Hijo de Dios, y fue bautizado para la remisión de sus pecados, pasos que todo fiel creyente en Dios sigue para convertirse en hijo de Dios. Lamentablemente murió dentro de la prisión, por la mano de otro asesino, una situación de la cual él estaba anuente y no temía porque comprendía muy bien su pasado, tal vez recordando parte de sus estudios bíblicos y lo que el salmista escribió, “*Jehová está conmigo; no temeré lo que me pueda hacer el hombre*” (Salmo 118:6) y que el escritor a los Hebreos citó (Hebreos 13:6).

Volviendo al pasaje en Mateo 5, nuestro señor da otras razones por las que podemos ser culpables de juicio. Enojarnos con nuestros hermanos, llamarlos Necios (del arameo Raca, llamar a alguien indigno en tono de absoluto insulto) o Fatuos (ignorante, tonto, absurdo). Esto y mucho más nos enseñó nuestro Salvador durante su ministerio en esta

tierra, y al morir en la cruz, y que por su sacrificio, lealtad y obediencia fue exaltado por nuestro Padre Todopoderoso y Misericordioso,

“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Al oír esto, se compungieron [entristecieron, MR] de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:36-38).

“A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hechos 5:31).

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11).

Amado lector, recuerda que todos, absolutamente todos, hemos pecado, y estamos destituidos de la gloria de Dios, *“siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Romanos 3:23-25).* Y tal como el apóstol Juan escribió,

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:8-10).

Es más que evidente, queridos hermanos y amigos visitantes, que, somos culpables y venimos culpables a Él, buscando en Él y sólo en Él la oportunidad de ser perdonados. Si aún no has obedecido el Evangelio, *“¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hechos 22:16).* Si ya lo hiciste, recuerda las palabras escritas por Juan,

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9)

CONCLUSIÓN.

Los últimos tres versos del coro del himno dicen,

*“Por la sangre de Cristo el Cordero
Y soy recibido con los brazos abiertos
Alabado sea Dios, tal como soy”.*

Es por la sangre de nuestro Redentor que somos perdonados de nuestros pecados y rescatados,

“Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera

de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:17-19).

Hemos estudiado como a pesar de estar rotos, Él puede remendarnos; si estamos heridos espiritualmente, Él puede sanarnos; si estamos desesperados, Él es nuestro rescate; si nos sentimos vacíos, Él sabe cómo llenarnos, y que, con todas nuestras culpas, Él está dispuesto a perdonarnos, ya que Él dio su sangre por todos nosotros. Ciertamente Él quiere recibirnos con los brazos abiertos, tal como somos, nos ha invitado,

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

Hermosa invitación que, sin lugar a dudas, no debe ser ignorada. ¿Estás dispuesto a hacer lo que debes para obedecerle y recibir tan grata bendición? Es nuestro sincero deseo que así sea, y con gran placer te ayudaremos a hacerlo. ¡A Dios sea toda la gloria!

¡Dios te bendiga!